

El minero





El minero



NATSUME SŌSEKI

*Traducción del japonés a cargo de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés*

*Postfacio a cargo de
Michiyo Kawano*



IMPEDIMENTA



Título original: 坑夫 (Kōfu)

Primera edición en Impedimenta: junio de 2016

Copyright de la traducción © Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2016

Copyright del postfacio © Michiyo Kawano, 2016

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-44-4

Depósito Legal: M-20168-2016

IBIC: FC

Impresión y encuadernación: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impresión de la sobrecubierta: Artes Gráficas Frampa

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Pasé mucho tiempo caminando a través del pinar. Los pinares de los cuadros no parecen tan extensos, pero en este lugar solo había pinos, pinos y más pinos. Nada más. No veía la razón de continuar mi paseo si los árboles no desaparecían. En realidad, habría sido mejor haberme quedado quieto desde el principio, ponerme delante de uno de ellos y jugar a ver quién se salía con la suya.

Salí de Tokio sobre las nueve de la noche del día anterior y me puse a caminar como un loco en dirección norte. En cierto momento me sentí exhausto. No conocía por allí a nadie en cuya casa pudiera descansar y tampoco tenía dinero para pagar un humilde alojamiento en el que pasar la noche. Con la intención de echar al menos una cabezada, me deslicé en la oscuridad bajo el alero de un templo. Creo que estaba consagrado a Hachiman, el dios de la guerra. Aún era

de noche cuando me desperté muerto de frío y, a partir de ese momento, caminé sin descanso. Pero ¿quién habría sido capaz de seguir así, rodeado solo de malditos pinos, indefinidamente!

Mis piernas parecían pesar una tonelada. Cada paso que daba era un suplicio, como si alguien me hubiera atado unas barras de acero a las pantorrillas. Me recogí el quimono hasta dejar las piernas desnudas para ver si así avanzaba con mayor facilidad. En cualquier otro lugar habría sido capaz de echar a correr, pero no allí, rodeado de pinos.

Encontré una casa de té. Tras las persianas de bambú, divisé una tetera oxidada colocada sobre un brasero. Junto a la entrada había un banco que miraba hacia el camino y, en el suelo, unas sandalias. Vi a un hombre abrigado con un quimono acolchado sentado de espaldas.

Estaba ya pasando de largo, aunque sin perderle de vista por el rabillo del ojo y sin dejar de preguntarme si parar a descansar un rato junto a él, cuando el hombre se volvió hacia mí. Sus labios finos dibujaron una sonrisa que dejó entrever esos dientes marrones característicos de los fumadores empedernidos. Yo me sentí incómodo y él, a su vez, se puso serio. Aunque estaba manteniendo una animada conversación con la dueña de la casa de té, en cuanto me vio su semblante cambió. En un principio, eso hizo que mi incomodidad se esfumara por completo, pero enseguida volví a sentirme extraño. Él examinó de arriba abajo cada rasgo particular de mi cara, de la boca a la nariz, de la nariz a la frente, de ahí pasó a la visera y hasta se detuvo en los detalles más insignificantes de esa gorra con la que me cubría la cabeza. El movimiento de sus ojos, que continuaban implacablemente su camino, resultaba de lo más inquietante. Cuando

pasaron del pecho al ombligo se detuvieron de golpe. Era ahí donde guardaba la cartera. Treinta y dos *sen*¹ en total. Sus ojos se clavaron en ese punto como si pudieran ver a través de la tela azul y blanca. Y, a continuación, siguieron hasta el cinturón con el que me ceñía el quimono y se detuvieron a la altura de la cintura. De ahí para abajo, solo quedaban mis piernas desnudas y, por mucho que las mirase, no iba a encontrar allí nada más. Tan solo mis pesadas piernas. Después de contemplarlas atentamente, sus ojos se posaron en las marcas negras que los dedos de mis pies habían impreso en las sandalias de madera.

Al describirlo de este modo, quizá dé la impresión de que me quedé allí plantado mucho tiempo, como si de algún modo le incitara a mirarme, pero no fue así en absoluto. De hecho, quería marcharme a toda costa. Lo supe en el mismo instante en que sus ojos empezaron a moverse, pero aun así fui incapaz de echar a andar. Cuando los dedos gordos de mis pies se tensaron para hacer girar las sandalias en dirección contraria, sus ojos se pararon de repente. Odio verme obligado a reconocerlo, pero aquel hombre reaccionaba a gran velocidad. Si he dado la impresión de que me examinó con cierto detenimiento, ha sido un error. Su mirada parecía tranquila, pero al mismo tiempo era rápida. Muy rápida. Y yo quería alejarme lo antes posible pero lo único en lo que podía pensar era en la forma extraña en la que esos ojos se deslizaban por mi cuerpo. ¡Si al menos hubiera sido capaz de desaparecer antes de que terminase aquel extraño examen! Sin embargo, me comportaba como alguien que solo dice que se va después de que le hayan invitado explícitamente

1. Fracción obsoleta y en desuso del yen.

a hacerlo. Me sentía un necio. Aquel hombre tenía un aire triunfante, sabía que me llevaba ventaja.

En cuanto me puse a caminar me invadió una sensación parecida a la ira, pero apenas unos metros después la pesadez reconquistó mis piernas y me olvidé de aquel asunto. Y de nuevo sentí aquellas barras de acero atadas a las pantorrillas. No podía moverme con rapidez. Quizá fuese lento por naturaleza, pero esa no podía ser la razón de que el hombre me mirase de aquella manera. En realidad, tal vez mi rabia no tuviera fundamento alguno, y tampoco estaba en condiciones de permitir que me molestasen cosas tan insignificantes. Me había escapado de casa para no volver jamás. No podía regresar a Tokio y la opción de instalarme en el campo no resultaba plausible.

Las dificultades de la situación empezaron a copar todos mis pensamientos, y me sentí incapaz de ponerme a buscar un lugar adecuado donde descansar, de manera que seguí caminando. Sin embargo, al no tener ningún objetivo concreto en mente no podía quitarme de encima la sensación de encontrarme frente a una fotografía borrosa. Lo veía todo desenfocado y no tenía forma de saber cuándo empezaría a percibir las cosas con claridad. Ese mundo borroso que se extendía hasta el infinito seguiría ahí mientras viviese, durante cincuenta o sesenta años, siempre delante de mí, por mucho que avanzase, por mucho que corriese. ¡Maldición! En realidad, no caminaba para dejar atrás la niebla que me rodeaba. Sabía bien que, por mucho que lo intentase, jamás lo lograría. Caminaba sencillamente por la única razón de que no podía permanecer quieto.

Creía que estaba convencido de lo que hacía al marcharme de Tokio, pero mis nervios habían estado a flor de piel desde

el mismo instante en que empecé a andar. Ahora, las piernas me pesaban cada vez más y la visión de la interminable sucesión de pinos me enfermaba. Para empeorar las cosas, empezó a dolerme la barriga. Era un dolor desconocido, intenso, que me impedía detenerme por miedo a morir. No sabía lo que hacía.

Y eso no era todo. Cuanto más caminaba, más penetraba en aquel mundo en tinieblas. Alcanzaba a ver Tokio, donde brillaba el sol, a mis espaldas, aunque la ciudad ya formaba parte de una esfera de la realidad totalmente distinta. No podía regresar. En aquel momento concebía mi existencia dividida en dos planos: Tokio, cálido, luminoso, tan despejado que casi alcanzaba a tocarlo desde las sombras, se encontraba en uno de ellos, y mis pies, al contrario, avanzaban a través de un segundo plano, de una bruma informe, infinita. Mi único objetivo en la vida era atravesar esa inextinguible nada.

Me resultaba insoportable pensar que ese mundo de penumbras iba a seguir ahí, impidiéndome avanzar durante el tiempo que me quedaba. La ansiedad me empujaba a dar cada paso, pero no podía evitar hundirme cada vez más en esa misma ansiedad. Perseguido y espoleado por ella al tiempo, no me quedaba sino seguir en movimiento: caminar, caminar y caminar sin resolver nada jamás. Seguiría caminando envuelto en esa ansiedad durante el resto de mi vida. Tal vez un cielo encapotado y oscurecido, de manera que ya no lograrse ni verme a mí mismo, habría ayudado a disminuir mi preocupación. Pero no era el caso.

El camino que seguía no me servía de gran ayuda. No terminaba de despejarse ni tampoco de oscurecerse y, suspendido en una especie de ocaso, de zona intermedia entre luz y oscuridad, solo conseguía enredarme aún más en mi irremisible

angustia. Era perfectamente consciente de que una vida así no merecía la pena ser vivida y, a pesar de todo, me aferraba a ella. Me hubiera gustado vivir en un lugar solitario, estar a mi aire. En caso de no lograrlo, entonces...

Me extrañaba que la mera posibilidad de aquel «entonces» no me aterrorizase. En Tokio, acosado de forma permanente por temblores provocados por el miedo, me había encontrado en muchas ocasiones al borde de cometer una locura. Sin embargo, antes de que fuera demasiado tarde, me espantaba dar el paso definitivo y, al final, siempre me alegraba de haberme arrepentido a tiempo. En esta ocasión, en cambio, no me asaltaron los temblores ni ningún tipo de arrepentimiento prematuro. Nada. La ansiedad eclipsaba todo lo demás. En lo más profundo de mi ser sabía también que ese «entonces» no iba a materializarse en nada concreto. Supongo que, en realidad, no tenía nada de lo que preocuparme. Podía suceder en ese mismo instante, al día siguiente, al otro, o tal vez una semana más tarde. En caso de necesidad, también cabía la posibilidad de posponerlo indefinidamente. Ya fuera a arrojarme a las cataratas de Kegon o al cráter del monte Asama, aún me quedaba un largo camino por recorrer. ¿Cómo iba a temblar de miedo antes siquiera de llegar al lugar donde tenía planeado poner punto final? Vivía en un mundo de tinieblas, agónico, pero mientras existiera la esperanza de escapar, antes de que me dominasen por completo los temblores, aún le encontraba sentido a esforzarme en mover mis pesadas piernas. En apariencia, esa era la decisión que yo mismo había tomado. Solo después de examinar a fondo mi estado mental, llegué a la conclusión de que el único propósito de mi interminable caminar era alcanzar la oscuridad. Tenía que alcanzarla. Ahora me resulta ridículo,

pero hay momentos en la vida en los que el único consuelo es la muerte. En realidad, me parece que eso solo sucede cuando está muy lejos, porque, cuando se acerca, de ningún modo puede resultar un consuelo.

En esas andaba, con la cabeza embotada por la niebla, adentrándome en una oscuridad cada vez más profunda, cuando escuché a mis espaldas una voz que me llamaba. Es extraño, el alma puede estar a punto de desvanecerse, pero la voz de alguien es capaz de provocar el efecto de anclarte repentinamente al suelo. Me di media vuelta sin saber bien por qué lo hacía y al girarme comprobé que apenas me había alejado cuarenta metros de la casa de té. Allí al lado, en mitad del camino, se encontraba el hombre ataviado con un quimono acolchado. Me llamaba a mí. Sonreía dejando a la vista sus dientes manchados por el tabaco.

No había hablado con nadie desde que saliera de Tokio la noche anterior, ni siquiera había imaginado la posibilidad de que alguien se dirigiera a mí, y tampoco encontraba un motivo por el que tuviesen que hacerlo. Tan inesperado fue el gesto del hombre, que agitaba la mano con mucho ímpetu sin preocuparse por ocultar sus dientes desbaratados, que la nebulosa que arrastraba conmigo se despejó momentáneamente y mis pies enfilaron hacia él antes de que pudiera siquiera darme cuenta de lo que hacía.

Lo admito. No me gustaban su cara, su ropa, sus gestos. Cuando me atravesó con esos ojos suyos, en concreto, no pude evitar un sentimiento bastante parecido al odio. No obstante, a apenas cuarenta metros de distancia ese sentimiento había desaparecido casi del todo y me dirigí hacia él con cierto afecto. No sé por qué. Mi único pensamiento hasta entonces había sido el de sumergirme por completo en la oscuridad. Volver

significaba alejarme de mi objetivo, salir de las sombras, pero he de confesar que casi me alegraba hacerlo. A partir de ese momento, y en distintas ocasiones, iba a vivir infinidad de experiencias contradictorias, incoherencias parecidas a esa primera, si bien no considero que eso sea una característica privativa mía. No creo que exista algo llamado «carácter». Al menos en nuestro tiempo. Ciertos novelistas se muestran orgullosos de haber creado tal o cual personaje, de haber conseguido dotarle de un determinado carácter, y los lectores asienten como si supieran a qué se refieren, pero, en realidad, no son más que mentiras, un mero divertimento. Si con carácter nos referimos a algo inmutable o definitivo, el carácter no existe. A los escritores, por lo general, se les escapa esta gran verdad y, en su intento de atraparla, nunca logran crear una novela veraz. Es muy difícil plasmar en un personaje de novela a una persona real. Incluso a cualquiera de los dioses que conocemos le costaría hacerlo... Aunque admito que quizá mi propio desastre, mi forma de ser tan caótica, me haya llevado a esa conclusión. Si así es, me disculpo por adelantado.

Fuera como fuese, caminé hacia él atraído por el color azul oscuro de su quimono, y él me saludó con afecto, como si me conociera de toda la vida. Inclínaba la barbilla ligeramente hacia abajo y me observaba como si buscase algo en mí.

Mis piernas bronceadas por el sol me llevaron finalmente hasta él.

—¿Cómo dice, señor? —le pregunté.

En condiciones normales, jamás habría hablado con alguien con ese aspecto, y menos aún con alguien que se hubiese dirigido a mí llamándome «joven». De hecho, estaba ya a punto de ignorarle, cuando la evidencia de que, a pesar de su quimono y de su horrenda fisionomía, era un ser humano

como yo, me hizo cambiar de opinión. Pero eso en modo alguno implicaba que fuera a rebajarme ante él para obtener alguna supuesta ventaja. Debí de inferir de mi actitud que podía tratarme como a un igual.

—¡Oye, joven! ¿Quieres un trabajo?

Como ya me había resignado a no hacer nada en la vida aparte de caminar hacia la oscuridad, me pilló tan desprevenido que no supe qué responder. Me quedé inmóvil, con las pantorrillas desnudas clavadas en el suelo. Le miraba boquiabierto.

—¡Oye, joven! ¿No quieres trabajar? ¿Qué me dices? Todo el mundo necesita un trabajo.

Cuando repitió la pregunta, yo ya había entendido lo suficiente la situación como para darle una respuesta:

—Me da igual.

Sin embargo, el hecho de que mi mente hubiera sido capaz de improvisar esas tres palabras a modo de respuesta implicaba un proceso mental más o menos como el que sigue: aunque no sabía adónde iba, sí sabía que el lugar al que me dirigía debía de ser un lugar sin gente. A pesar de mi determinación inicial, me había dado media vuelta para atender la llamada de aquel hombre y no podía evitar sentir cierta decepción conmigo mismo por haber renunciado tan rápidamente a mi objetivo. Aquel hombre era un ser humano. Por tanto, para alguien empeñado en alejarse de ellos, regresar suponía un fracaso. No solo demostraba la enorme fuerza gravitacional que las personas ejercían sobre mí, sino que también evidenciaba la debilidad de mi decisión. En resumen, caminaba hacia la oscuridad en contra de mi voluntad. Si algo pretendía retenerme, aprovecharía la oportunidad de regresar al mundo sin dudarle un instante. El hombre del quimono

me dio esa oportunidad y mis pasos se dirigieron hacia él con total naturalidad. Digamos que traicioné mi objetivo primordial sin oponer resistencia alguna. Si las palabras que salieron de su boca hubieran sido otras, por ejemplo: «¿Dónde vas a hacerlo, en las montañas o en mitad del campo?», no habría renunciado a él con tanta facilidad. Y con el simple hecho de volver sobre mis pasos, recuperaba, de algún modo, mis lazos con el mundo. Cuanto más respondiese a su llamada, cuanto más me acercase a él, más intensidad adquirirían esos lazos. De hecho eso es lo que ocurrió en el momento en que me planté frente a él. Su oferta me desbarató por completo. Podría haberme quedado en blanco ante tan inesperada proposición, pero en lugar de eso me convertí de nuevo en un ser humano, en un habitante del mundo real. Por tanto, debía comer, y para comer debía trabajar.

«Me da igual.» La respuesta se me escapó sin pensar. «¡Claro que no te importa! —A juzgar por la expresión de su cara, eso es lo que debió de pensar él—. No puede ser de otro modo.»

—Me da igual, pero ¿de qué se trata? —añadí enseguida.

—Ganarás mucho dinero, te lo aseguro. ¿Qué me dices?

Me observó expectante, con una sonrisa de triunfo en el rostro. Sin embargo, aquella sonrisa no podría haber encandilado a nadie. Su cara no estaba hecha para sonreír. Y cuanto más se esforzaba, peor. A pesar de todo, por alguna razón inexplicable, logró conmoverme.

—Está bien —terminé por decir.

—¿De verdad? ¡Estupendo! Hay montones de dinero esperándote.

—No me importa el dinero.

Ante mi respuesta, su voz adquirió un tono extraño:

—¡Vaya!

—¿De qué se trata?

—Te lo diré si me prometes que aceptarás. Lo harás, ¿verdad, joven? No quiero que te echés atrás después de explicártelo. ¿Aceptas?

—Esa es mi idea.

No me resultó nada fácil darle una contestación definitiva. De hecho, casi me tuve que obligar a responder. En principio, estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa que entrara dentro de lo razonable, pero aún me dominaban las ansias de escapar, de abandonarme. Quizá por eso le diera una respuesta tan vaga. —Soy consciente de lo extraño que me resulta escribir de mí mismo en un tono tan vacilante, como si no se tratase de mí, pero los seres humanos somos inconsistentes, incapaces de afirmar cosas con plena seguridad, incluso aunque nos atañan a nosotros mismos. Y cuando se trata de acontecimientos del pasado, aún peor. Las diferencias con los demás desaparecen. La única forma en la que conseguimos expresarnos es un «quizá» o un «podría ser». Tal vez me acusen de irresponsable por decir semejante cosa, pero la verdad es que me esfuerzo por explicarme a pesar de las dudas que me asaltan a cada paso.—

El hombre interpretó mi respuesta como un sí.

—Pasa —me dijo—. Descansa un poco, tómate un té y te contaré de qué se trata.

Entré en la casa de té y ocupé un sitio libre en un banco junto a él. Una mujer de unos cuarenta años y gesto torcido me sirvió un té con un extraño olor. Enseguida sentí hambre. De hecho, caí en la cuenta de que estaba realmente hambriento. Pensé que en la cartera me quedaban aún treinta y dos *sen* con los que podría comprarme algo, pero el hombre sacó una

cajetilla de Asahis y me ofreció un cigarrillo. Un gesto digno de un caballero. No me importó que fuera tabaco barato, ni que la cajetilla estuviese aplastada. En realidad, estaba tan echada a perder que los cigarrillos parecían haberse fundido en uno solo. El quimono del hombre no tenía mangas, así que debía de guardarla en el *harakage*.²

—No, gracias —le dije.

No pareció ofenderse. Extrajo un cigarrillo del amasijo de tabaco con sus uñas renegridas. Como había imaginado, estaba arrugadísimo, pero, milagrosamente, en cuanto dio la primera calada salió un abundante humo de sus orificios nasales. Me sorprendió que aspirase con tanto brío.

—¿Cuántos años tienes, joven?

Su tono de voz resultaba más serio al hablar de dinero que cuando me trataba de «joven».

—Diecinueve.

No le mentí.

—Demasiado joven —intervino la mujer del gesto torcido.

Estaba limpiando unas bandejas a nuestra espalda, de manera que no pude ver la expresión de su cara. No sabía si hablaba consigo misma, con el hombre o conmigo. No obstante, su observación pareció prender algo en el hombre.

—¡Desde luego! —exclamó—. Muy joven. La mejor época de la vida para trabajar.

Hablaba como si ya hubiera decidido darme el trabajo. Me levanté sin decir nada.

Había una mesa justo enfrente con una fuente grande en medio y una caja de dulces. Sobre la fuente, un tapete de color

2. Bolsillo interior del quimono.

azul apenas alcanzaba a cubrir unos *manju*.³ Me acerqué con la idea de comer alguno, pero entonces descubrí que el plato estaba infectado de moscas. Al notar mi presencia, volaron en todas direcciones y, sin darme siquiera tiempo de recuperarme del susto, como si se hubieran hecho señales entre ellas para comunicarse que el peligro había pasado, volvieron a posarse sobre los dulces. Las grasientas cortezas amarillas se cubrieron de manchas negras. Estaba a punto de coger, a pesar de todo, uno de los dulces, cuando las moscas volvieron a levantar el vuelo hasta formar algo parecido a una constelación de estrellas en una noche despejada. Di un paso atrás sin quitar la vista del plato.

—¿Quieres uno? —preguntó la mujer—. Los hice yo misma anteayer por la tarde.

Había terminado con sus tareas y me hablaba desde el otro lado de la mesa. La miré sorprendido. Por alguna razón que no alcancé a comprender, puso su gruesa mano sobre el plato.

—¡Mira todas esas moscas! —gritó agitando las manos—. Listo, toma uno.

Antes de que le pudiera contestar, alcanzó otro plato de madera de una estantería y, con unos palillos largos de bambú, colocó en él siete piezas de *manju*.

—Mejor os lo dejo aquí —dijo mientras llevaba el plato al banco donde estaba sentado el hombre.

No me quedó más remedio que volver a mi sitio. Las moscas ya habían localizado de nuevo su fuente de alimento. Sin dejar de observar el plato y las moscas le dije al hombre:

—Usted primero, por favor.

3. Dulce tradicional japonés.